



HARLEQUIN



Deseo™



Comprado para el placer

NICOLA MARSH

Deseo™

Comprado para el placer

NICOLA MARSH



HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2007 Nicola Marsh. Todos los derechos reservados.
COMPRADO PARA EL PLACER, N.º 1700 - 20.1.10
Título original: Purchased for Pleasure.
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8078-7
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo Uno

En el momento en que Kate Hayden volvió a ver a Tyler James, su mundo se puso del revés.

De acuerdo, tal vez no fue para tanto, pero sí que sintió cómo el deseo que había caracterizado su breve relación de hacía años hubiera vuelto con una intensidad arrolladora.

Habían pasado seis largos años desde la última vez que lo había visto, ¿por qué habían enloquecido sus hormonas al verlo ahora?

Ya había logrado olvidarse de él hacía mucho tiempo.

Se había preparado para cuando llegara el momento de volver a verlo.

Llevaba mentalizándose desde que había visto su nombre en la lista de «Chicos de los recados», el pintoresco nombre que le habían dado a la subasta de hombres con fines benéficos que la revista estaba patrocinando.

Desde el primer momento, había sentido un cosquilleo en el estómago y una curiosidad por volver a verlo que sobrepasaba la curiosidad natural de una periodista de investigación.

Era la ardiente curiosidad de una mujer que se había alejado de lo mejor que le había pasado en la vida.

Nadie espera que los primeros amores duren y ella ya lo había superado hacía mucho tiempo, pero

por alguna razón ver su nombre en esa lista le había provocado una avalancha de recuerdos, todos ellos buenos, y sentía que tenía que verlo.

Esperaba que se estuviera quedando calvo y que hubiera perdido todos sus músculos. Aunque, ¿qué tendría eso de gracioso?

Le dio un sorbo a su champán con la esperanza de que ese líquido burbujeante calmara la repentina sequedad de su boca justo cuando el chico con el que una vez pensó que pasaría el resto de su vida subió al escenario.

Oh, Dios mío.

El champán le calmó la sed por un momento, pero no logró hacer nada con su pulso, que se aceleró ante la presencia del hombre más sexy que había visto en su vida.

Ty estaba increíble, mucho más guapo de lo que recordaba... ¡y recordaba muchas cosas! Había mejorado con los años, si cabía. Unas finas líneas radiaban de las esquinas de sus ojos azules y no lo grababan desmerecer su bronceado rostro de altos pómulos. Un bonito pelo castaño aclarado por el sol y con ese estilo corto que tanto le favorecía. Y esos labios tan bien esculpidos...

Oh, sí, recordaba esos labios demasiado bien, recordaba cómo la habían seducido con tanta habilidad, recordaba todo el placer que le habían dado.

Tenía esos recuerdos grabados en su mente, se mantenían absolutamente indelebles. Los había bloqueado deliberadamente años atrás para concentrarse en su carrera, para intentar crearse una nueva vida en otro país.

Marcharse de Sidney para instalarse en Los Ángeles había sido una gran decisión para una chica de veintiún años. Pero conocer a Ty poco después de aterrizar en los Estados Unidos había hecho que el cambio fuera mucho más llevadero. A decir verdad, ese chico había vuelto a iluminar su mundo.

Retorciéndose en su silla, le dio otro sorbo al champán. No era momento para dejarse atrapar en recuerdos de Ty. Tenía que centrar la atención durante los próximos diez minutos, al menos hasta que hubiera pronunciado su discurso. Tenía que mostrar aplomo y desenvoltura, y no dejarse afectar y babear por una vieja pasión.

—Y sin más dilación, chicas, os presento a nuestro último chico de los recados de la noche.

Un suave parloteo recorrió la sala mientras todas las miradas se giraban hacia el escenario. Kelly Adams, la glamurosa presentadora de la televisión local, señaló al hombre que tenía a su derecha mientras seguía diciendo:

—Sé que les gustará lo que van a ver, señoras. Tyler James es instructor de las Fuerzas Especiales de la Marina, mide un metro noventa y dos, tiene unos músculos por los que una se moriría, unos ojos azules increíbles y está preparado para enfrentarse a cualquier cosa.

Unos silbidos llenaron el aire mientras el hombre en cuestión ponía rectos sus anchos hombros y sonreía, en absoluto avergonzado.

—A ver, chicas, ¿cuánto vais a pujar por Tyler? El Orfanato Ramírez es una buena causa que necesita de vuestra ayuda para permanecer abierto. Además, ¿a quién no le gustaría tener a este hombre a vuestro

servicio durante la próxima semana? ¿Qué tal si se encarga del jardín? ¿O de lavar el coche? ¿Cocinar? ¿Limpiar la casa? Lo que vosotras digáis, chicas. Yo pujaría por él, pero creo que mi marido tendría algo que decir al respecto. ¿Quién empieza la puja?

Mientras Kelly hablaba, Kate se preguntó sobre el cambio de trabajo de Ty. ¿Se había hecho instructor? Cuando se conocieron, él era soldado de las Fuerzas Especiales y amaba y estaba entregado a su profesión. ¿A qué se había debido ese cambio?

Miró al hombre que había sobre el escenario mientras las preguntas no cesaban de surgir dentro de su cabeza.

¿Por qué no se habían dado otra oportunidad?

¿Había merecido la pena volcarse más en sus carreras que en sus corazones?

¿Madurar los había cambiado?

Al necesitar algo que la distrajera de todas esas fútiles preguntas, miró a su alrededor y vio que la atención de todas las mujeres estaba fijada en el escenario, aunque a juzgar por lo que había allí arriba, no podía culparlas.

Todas ellas, periodistas, editoras y fotógrafas, eran unas chicas con mucho talento. Diane, su asistente personal, había organizado el evento para ayudar al orfanato y se había ocupado de hasta el último detalle.

Como si estuviera sintiendo su mirada, Di se giró hacia ella.

—¿Por qué no pujas, Kate? Ya es hora de que en tu vida ocurra algo excitante.

¿Excitante? ¿A ella? No, de ningún modo. Eso ya lo había vivido y aún tenía las cicatrices que lo demostraban.

Por si fuera poco, el resto de las chicas se volvieron hacia ella.

—Siento decepcionaros a todas. No tengo tiempo para vivir momentos excitantes. Y además, ¿qué iba a hacer yo con un recadero?

Aunque mantuvo la voz firme, la idea de tener a Ty siguiéndole los pasos una semana le produjo algo muy extraño en su interior.

Cosas que no debería estar sintiendo... ni recordando...

—Es lo que yo decía. Si no sabes qué hacer con un tío tan bueno como ése, necesitas más ayuda de la que pensaba. ¿Por qué no vives un poco y nos demuestras que eres humana?

El resto de la mesa se unió a esas palabras, animándola a pujar, mientras ella negaba con la cabeza y se reía ante el entusiasmo que mostraban sus amigas.

Pero Di tenía razón. Ella había enterrado su vida para dedicarse plenamente a su carrera, dispuesta a demostrar que el esfuerzo y la dedicación eran la clave del éxito. Sin embargo, ser una adicta al trabajo tenía sus inconvenientes y hacía años que no se divertía. Una vez había sido una chica divertida e impulsiva y era demasiado joven como para estar llevando una vida dedicada exclusivamente al trabajo. Tal vez ponerse al día con un viejo «amigo» era un antídoto.

¿Qué daño podía hacerle pujar por él? No iba a ser la única. Con sólo mirar a Ty, todas las mujeres de la sala empezarían a sacar sus chequeras.

—Está bien, está bien. Lo haré.

Alzó las manos como si se hubiera rendido y sonrió mientras las chicas la vitoreaban. Se bebió el res-

to del champán de dos tragos, levantó la mano en el aire y la agitó.

–Quinientos dólares –gritó.

Se hizo un absoluto silencio, ya que había sido el precio más alto de la noche hasta el momento, y, en lugar de hundirse en su silla, avergonzada, se puso derecha, alzó la cabeza y esperó a que Ty mirara hacia la mujer que había pujado por él; estaba ansiosa por ver su reacción y no dejaba de preguntarse si la chispa aún estaría viva entre ellos.

Obtuvo su respuesta al segundo, cuando Ty fijó esa mirada azul en ella. Tal vez fue por el alcohol o tal vez por el número de mujeres metidas en la sala, pero bajo la intensa mirada de Ty, Kate comenzó a sudar y apenas podía respirar.

–¿Alguien da más? –preguntó Kelly mirando de un lado a otro de la sala con una gran sonrisa sobre su cara perfectamente maquillada.

–¡Quinientos cincuenta! –gritó una rubia.

Kate volteó los ojos. Las rubias no eran del tipo de Ty.

–Seiscientos –dijo una esbelta pelirroja que se parecía a Nicole Kidman.

–Seiscientos cincuenta.

Kate se alzó para ver a la tercera postora; una sensual morena con un aire a Catherine Zeta-Jones y unos pechos enormes.

Ésa sí que era el tipo de Ty.

Di se acercó a ella y le susurró:

–Eh, ¿vas a dejar que estas aficionadas te venzan?

De pronto, y movida por un fuerte impulso de competitividad que había tenido desde que nació,

bajó la copa de champán que se acababa de rellenar y agitó la mano en el aire.

—¡Mil dólares!

Unos ojos curiosos, además de las miradas asesinas de la rubia, de Nicole y de Catherine, se posaron en ella.

—¿A la una? ¿A las dos? ¿Vendido?

Cuando Kelly golpeó el mazo, Kate dio un salto en su silla.

—Vendido. Vendido a Kate Hayden, cuya revista es nuestro mayor patrocinador. Bien hecho, Kate. ¿Por qué no subes aquí a reclamar tu premio?

—¡Vamos! —dijo Di riéndose y dándole una palmadita en la espalda.

El cuerpo de Kate se quedó entumecido mientras avanzaba hacia el escenario mecánicamente y prácticamente oyendo el golpeteo de su corazón.

Había imaginado poder verse con Ty esa noche, pero no de ese modo. Su objetivo había sido un breve, impersonal y discreto encuentro, no uno tan cercano delante de toda la sala.

Mientras arrastraba los pies sobre los escalones, miró a Ty e intentó no tropezar. De cerca era más guapo todavía. Sus vivos ojos azules, del espectacular color del Océano Pacífico en Malibú, la miraban de arriba abajo encendiendo su cuerpo.

—Tienes buen aspecto, Katie. Hacía mucho que no nos veíamos.

Su profunda voz la invadió como una cálida caricia a la que no podía permitirse sucumbir. Tenía que reaccionar.

—Sí, ha pasado mucho tiempo. Es increíble lo

que puedo llegar a hacer por una obra de caridad, ¿verdad?

La momentánea calidez de los ojos de Ty de pronto se convirtió en fuego, el mismo fuego que la había abrasado en más de una ocasión en el pasado.

—Pero bueno, ¿es ése modo de hablar a tu prometido?

—Ex —murmuró ella con unos labios temblorosos bajo el provocador brillo de sus ojos.

Esos increíbles ojos... Estaba convencida de que tenían el poder de hacerle cometer locuras. ¿Por qué, si no, iba a estar allí arriba, hipnotizada e incapaz de mirar a otro lado?

Kelly no dejaba de mirarlos.

—Vaya, vaya... Parece que estos dos van a llevarse a las mil maravillas. Ya están charlando. ¿Por qué no dices unas palabras, Kate?

Kate apartó la mirada de los cautivadores ojos de Ty y fue hacia el atril esperando que su profesionalidad no la abandonara mientras su mente era un revoltijo de viejos e inesperados recuerdos.

—Como editora de la revista *Femme*, me gustaría daros las gracias a todas por haber asistido a nuestra subasta esta noche —continuó, mirando al pedazo de papel que tenía arrugado en la mano—. Gracias a vuestra generosidad, hemos recaudado cerca de diez mil dólares para el Orfanato Ramírez. Bien hecho, chicas.

Especialmente gracias a ella, que había contribuido a una décima parte de ese dinero al adquirir al chico del que quería alejarse en cuanto pasara esa noche.

Cuando los aplausos fueron apagándose, intentó centrarse para terminar su discurso.

—También me gustaría darles las gracias a los hombres que han donado su tiempo durante esta noche y la próxima semana. Estoy segura de que las chicas estarán más que encantadas de tener unos recaderos en casa durante una semana. Yo, al menos, sí que lo estoy.

Se puso derecha, se volvió hacia Ty y le lanzó una inquieta sonrisa. Y, cuando él le tiró un beso, la sala estalló en aplausos una vez más.

No, otra vez le fallaban las rodillas. Un simple y estúpido gesto y ya empezaba a actuar como la primera vez que se vieron, incapaz de controlar sus reacciones ante él.

Apoyándose en el atril para sujetarse, pegó una brillante sonrisa en su cara y se volvió hacia la audiencia.

—Gracias, chicas. Esperamos veros en nuestra próxima gala benéfica.

—No tan deprisa, Kate —le dijo Kelly agarrándola del brazo—. ¿Has olvidado cuál es el último paso después de la puja más alta?

¡No! Había esperado poder escapar de la humillación por la que las demás mujeres que habían hecho una adquisición habían tenido que pasar. Los estúpidos brazaletes, que se asemejaban demasiado a unas esposas y que encadenaban al hombre a sus postoras eran de mal gusto, por decir poco. Pero, al parecer, tendría que limitarse a sonreír y a soportarlo.

—Vamos. No seáis tímidos. Kate, puedes quitarte esto siempre que quieras... si es que estás dispuesta.

Y con esas últimas palabras, Kelly le abrochó el brazalete alrededor de su muñeca y alrededor de la de Ty, por el otro extremo. Después, metió la llave dentro del bolsillo de los vaqueros de él.

–Tienes que estar de broma –murmuró Kate mientras se juraba que jamás volvería a beber champán.

Aunque en el fondo sabía que no había sido el alcohol lo que la había hecho pujar por Ty. Una sola mirada a esos ojos azules y ya estaba perdida.

–No es ninguna broma, me temo. Parece que lo divertido acaba de empezar –dijo Ty alzando sus brazos amarrados al aire con gesto victorioso.

Los aplausos aumentaron acompañados de risas, y los flashes de los fotógrafos los rodearon para no perderse ese momento. Kate apretó la mandíbula y sonrió, intentando aparentar calma, cuando en realidad quería echar a correr.

–Sí, me estoy divirtiendo de lo lindo –dijo tirando suavemente de la cadena que los unía.

–Espera un poco.

–Vamos.

Kate comenzó a bajar del escenario y él no tuvo más opción que seguirla.

Ahora tendría su gran oportunidad.

¿Para hacer qué?

¿Para intercambiar cumplidos? ¿Para charlar un poco?

Para ser alguien que se pasaba la vida tomando decisiones sobre qué palabras sonaban mejor o qué artículos se publicaban, no había pensado en ello.

Ver a Ty sobre el escenario era una cosa, tenerlo atado a ella era otra.

Simplemente tendrían una pequeña charla y después lo dejaría marchar.

Sí. Eso era exactamente lo que iba a hacer. Así de simple.

Pero entonces, ¿por qué se sentía como si el destino se estuviera riendo de ella?

Tyler sacudió la cabeza. Era la Kate de siempre: orgullosa, preciosa, independiente y con esos cautivadores ojos avellana que lo atrapaban cada vez que los miraba.

Recordaba cómo esas motas doradas de sus ojos habían resplandecido cuando la había hecho reír con alguna de sus bromas y también cuando ella había estado excitada. Sí, todo eso lo recordaba demasiado bien.

Se había quedado helado cuando sus miradas se habían encontrado en la sala; su presencia en la subasta era lo último que se habría esperado y por mucho que lo había intentado, no había podido evitar apartar la mirada de ella mientras que Kate había actuado como si no existiera.

Pero entonces, ¿a qué había venido lo de la puja?

—No te quedes atrás —le dijo Kate dando un pequeño tirón a la cadena que los unía. Él contuvo una sonrisa.

Kate no había cambiado lo más mínimo, seguía siendo la misma mujer decidida que no esperaría a nadie.

A medida que la seguía, se fijó en su trasero y en cómo la falda negra de lino se ceñía a cada una